

Black is Beautiful

o

Relato de un peregrino chileno en África

1 al 18 de diciembre de 2007

Kenia

Aún impactado por mi reciente visita a India, salí el primero de diciembre de Roma con muchas preguntas y gran expectativa. ¿Qué me esperaba en el continente africano? Después de un buen vuelo, con escala en Addis Abeba, mis primeros cinco días en África los pasé en Nairobi. Es la capital del país, con un poco más de dos millones de habitantes, un importante centro comercial, religioso y de conexiones para todo África. Me recibió en su comunidad Miguel García, jesuita chileno que ya lleva 25 años en este continente. Vive y trabaja junto al provincial jesuita y su equipo en una casa grande y bella, junto a otros cinco jesuitas, donde acogen muy bien al peregrino. Al llegar a la casa me sorprendí de reencontrar también a un jesuita alemán que fue mi compañero de Tercera Probación en Calera de Tango el año 1997, que hoy trabaja en Sudan, y que estaba de visita en Nairobi.

Iniciaba un largo periplo africano que me llevaría a cuatro países en 18 días. No en todos se encontraba presente el Apostolado de la Oración (AO) o el Movimiento Eucarístico Juvenil (MEJ). En Kenia y Sud África casi no existen, y había que promoverlos. Los cuatro países que visitaría, con la excepción de Sud Africa donde es algo menor, tienen una importante presencia de la Iglesia Católica, que llega a ser de un 30 a un 50% de la población. Los primeros días, menos ocupados, me servirían de introducción al África al lado de Miguel, que sabiamente me orientó en algunas usanzas locales.

En esta primera estación pude hablar a candidatos a la Compañía, a jóvenes jesuitas estudiantes de teología, a un grupo de provinciales jesuitas africanos, y a quienes quisieron escuchar, a todos ilustrando cuán altamente recomendables y convenientes eran el Apostolado de la Oración y el Movimiento Eucarístico Juvenil para sus ministerios apostólicos y para conducir a los hijos de Dios al tierno amor del Señor. Presidí la misa en el teologado jesuita, donde encontré a mi amigo Chijioke Azuawuziefe, a quien conocí en Roma hace poco. Me reuní otro día con el P. Zacharias Pazheparampil, promotor del AO en el seminario donde trabaja, y visité el Centro de Espiritualidad Ignaciana de la ciudad, que para sorpresa mía supe que publica un folleto anual del AO, en inglés y swahili. (Aunque el idioma local mayoritario es el swahili, en Nairobi casi todos hablan además el inglés.) Visité la parroquia jesuita en el barrio pobre de Kangemi, recorrí las calles de la población, visité algunas casas de familias, hice amistad con los niños y me sentí muy a gusto entre ellos.

Yo miraba todo a mi alrededor, pensando en ustedes, amables y curiosos lectores, buscando con atención todo aquello digno de ser relatado en mi relato, con el dedo pronto en el obturador de mi cámara... Después de dos días, me empecé a preocupar. ¿Qué les contaría de novedoso? Me llamó la atención que nada me llamaba la atención. Es decir, había llegado a una ciudad muy “normal”, como muchas de las grandes ciudades que conozco. Veía el tipo de casas, calles, tiendas, edificios, autos, barrios populares, barrios elegantes, incluso malls... similares a los que he visto en ciudades latinoamericanas. Nada llamativo. La única diferencia significativa que saltaba a la vista es que toda la gente que se veía en las calles eran color ébano (un bello color ébano, por lo demás). Detalle importante por cierto, pero el resto me parecía todo muy normal y común, nada digno de ser relatado. Con decirles que el cierre de mi primerísimo día en África fue en el cine, en un mall moderno, esos con varias salas de cine, viendo con Miguel y el alemán una película muy mala de Dustin Hoffman. Desde que llegué a Roma no había ido al cine, y – oh sorpresas de la vida – me reencuentro con este agradable gusto burgués en mi primer día en África (!). Partí descolocado.

Sí, los días sucesivos vi pobreza, estuve en el barrio pobre, recorrí la ciudad. Pero nada diferente a lo que estoy acostumbrado a ver en la población donde viví en Santiago o al sector parroquial donde trabajé en Arica. Las casas similares, las calles llenas de gente, como en la población criolla, sólo que con la piel más oscura y con los dientes más blancos, ...y con la misma cálida acogida de los pobres de todas partes. Seguía descolocado. Había llegado a este continente con la información sesgada que proviene de las noticias internacionales, que nos dicen que África es sólo guerra, Sida y hambrunas. Sabía que había más, mucho más, pero no lo conocía. Descubrí una realidad social en apariencia y en funcionamiento similar a nuestra América Latina. Aunque es mucho lo que no vi, y aunque sé que hay acá situaciones tal vez peores que en nuestro continente, esta impresión general la fui confirmando en las siguientes estaciones de mi viaje. (De hecho, en India vi mucho más pobreza que la que he encontrado en África, aunque sin la tragedia del Sida, de la cual les contaré...).

El domingo - devoto peregrino blanco en medio de la belleza negra - fui a una misa a la parroquia local, donde admiré sobre todo la fuerza de sus cantos. En África todos cantan, y cantan con una sublimidad y elaboración sorprendentes. Los coros parroquiales son grandes grupos con contagiosas coreografías danzadas. Esto lo fui encontrando en todas partes, en casi todas las misas y encuentros. Es llamativo *cómo cantan*, con habitual polifonía de voces, que pone la carne de gallina, y *cuánto cantan*, haciendo que las misas puedan durar dos, tres y hasta cuatro horas. Es sorprendente y bellissimo!

Tanzania

Segunda estación. Me recibió en el aeropuerto con una gran sonrisa el P. Emanuel Mchopa, sj, Director Nacional del AO. El primer impacto, muy diferente de la estación anterior, es el clima felizmente tropical y caluroso de Dar es Salaam, la capital del país. En Nairobi llegué a pasar frío, pues está en altura. Después de saludar y traspasar en la casa del AO y de cenar una comida bien normal (ni culebra frita ni filete de elefante...), llegué a hospedarme a la comunidad jesuita del Loyola School, donde seguí traspasando toda la noche, mientras soñaba con piscinas y playas...

Al otro día, el sueño cumplido. Tomamos navío para alcanzar la exótica isla de Zanzíbar, antiguo emirato árabe frente a Dar es Salaam. Hoy es un codiciado sitio turístico al cual llegan vuelos directos desde Europa y otros puntos del globo. La musulmanidad de la población (95%) se nota en la calle al ver a todas las mujeres, aún las niñas, impajaritadamente veladas (aquí no cabe la disyuntiva de la novia chilena, “¿Con velo o sin velo?”), muchas con trajes largos y anchos, casi siempre de un riguroso color negro, a pesar del sofocante calor. Las más radicales, no pocas, usan la burkha, el velo completo que les cubre todo el rostro, dejando sólo los ojos a la vista.

Lo primero era lo primero. Cumplimos nuestro sagrado deber de saludar al obispo católico local, A. Ndeliakyama Shao, y ofrecerle los servicios del AO y MEJ. El resto del día – regalo del Rey a los operarios del Reino – fue de paseo por algunos puntos de interés histórico-cultural. Zanzíbar es exuberante en vegetación y rica en el cultivo de diversas especies. Al turista se le invita a hacer la “ruta de las especies”: un guía aborigen nos condujo entre las plantas de la vainilla, pimienta, jengibre, canela, curry, clavos de olor, ají, entre muchas otras para mi desconocidas, que pudimos degustar directo de la mata (vimos incluso un notable lápiz labial vegetal). El día continuó con un almuerzo autóctono, la visita al escalofriante ex mercado de esclavos y por supuesto, la playa, donde nos refrescamos en un mar calmo y tibio, adornado de bucólicas palmeras tropicales. Un breve vuelo en avioneta, notable espectáculo aéreo, nos llevó de regreso al continente, para luego retornar a casa.

Al otro día, trabajo: visitamos al Cardenal Arzobispo de Dar es Salaam, la radio de la arquidiócesis, las oficinas de la Conferencia Episcopal, y un centro de atención a los enfermos de SIDA (los contagiados son el 20% de la población adulta del país). En la tarde, acudimos a un efusivo encuentro del Apostolado de la Oración de la ciudad. Se reunió un grupo numeroso de socios, orgullosamente vestidos con llamativas túnicas furiosamente rojas, a quienes hablé sobre nuestra espiritualidad. Aquí tuve que hacer uso de todo el swahili que había aprendido: *Jambo* significa hola, *ahsante* es gracias, *karibu*, bienvenido, *hakuna matata*, no hay problema! Pero dado que mi incipiente khiswahili no era suficiente para mis píos guarismos, requerí la ayuda de un intérprete, pues en Tanzania la mayoría no entiende el inglés. Cantamos, reímos, adoramos, celebramos la misa, nos tomamos fotos, y compartimos unas ricas empanadas de antílope con hipopótamo.

Al día siguiente otro regalo, un safari: salíamos temprano hacia el interior del país, a Dodoma, a seis horas de viaje por tierra. (Pero no se dejen engañar por mi malicia, “safari” es la palabra swahili que significa simplemente “viaje”, no es lo que están imaginando, pues no encontramos otros animales que los humanoides).

En el camino pude ver algo de las regiones rurales africanas, que es donde vive el 85% de la población del continente. A medida que nos alejábamos de Dar es Salaam, dejamos atrás la densa vegetación tropical para dar paso a una tierra seca, dura, adornada con ocasionales y esculturales baobabs africanos (los verán en la galería). La carretera (en muy buen estado) atravesaba el territorio de las tribus Maasai y Huagugu. Desde la ventanilla del auto, asomaba la mirada y la imaginación a sus aldeas y sus chozas, intentando adivinar algo de su modo de vida y sus tradiciones, tan diferentes... (podrán reconocer a los Maasai en las fotos por sus trajes tradicionales de colores morados y rojizos). Nos detuvimos en Morogoro, un

pueblo a medio camino, y me hice amigo de un hombre Maasai llamado Pololet Kamando que me habló en perfecto inglés y me dio su correo electrónico. (¡Plop!) Por él supe que el precio de las esposas en su pueblo estaba bajando, ya que la gente está más pobre pero igual tiene que casarse. Ahora un hombre Maasai pueden conseguir una esposa a cambio de 15 vacas. Si tiene más vacas y quiere más esposas, puede tener varias. (No se sientan mal las mujeres lectoras de estas letras, esta es sólo una situación provisoria, ustedes valen mucho más. De hecho, antes se pagaba hasta 30 vacas, lo cual es ciertamente más razonable).

En Dodoma llegamos a la parroquia jesuita, a una reunión con representantes de diversos grupos de Iglesia, algunos del AO. Con la usual e invariable convicción les expusimos sobre la historia y propuesta espiritual del AO, respondiendo luego sus dudas y preguntas. En medio de mi discurso fui interrumpido por el estruendo de todo un carnaval que salía danzando de la cercana iglesia, entre cantos, tambores y trompetas. Pedí permiso a mi distinguido público para hacer una pausa en mi charla, y cual reportero gráfico de tierras ignotas, salí raudo de la sala para ver de cerca y registrar para ustedes el fenómeno cultural. Era la conclusión litúrgica de un matrimonio a la africana. Salían los novios de la iglesia, rodeados de toda la asamblea que bailaba con ellos. Luego de una breve pausa para las fotos, siguió el baile en una ruidosa ronda en que los invitados giraban alrededor del auto de los novios hasta verlos partir. La familia del novio vio el interés que la boda suscitaba en este “mzungu” (blanco) y lo invitaron junto al párroco a la fiesta de la noche. Llegados a la hora indicada al local, a pesar de ser un desconocido, me concedieron el alto honor de inaugurar la fiesta dando la bendición a los nuevos esposos y a todos los concurrentes, y me sentaron en la mesa principal, al lado de la madre del novio. La serie de ritos y discursos y otras bendiciones que se sucedieron uno tras otro en el lugar de la fiesta es difícil de relatar. Desde la entrada apoteósica de la novia al gran salón, rodeada de una docena de danzantes y verdes damas de compañía, a los emotivos discursos de los papás a sus hijos, los diversos brindis, la partición ritual de la torta, aplausos, cantos, saludos entre las dos familias y otros ritos cuidadosamente seguidos, todo me hablaba de una manera de celebrar y agradecer la vida que unía de modo connatural el gozo de la fiesta con una profunda fe en Dios.

Al otro día, después de una alegre y muy cantada misa dominical en la parroquia a las 7:30 AM, hicimos el camino de regreso a Dar es Salaam. Allí nos esperaba un maravilloso encuentro vespertino con alguna gente del AO más la comunidad parroquial de la cual es párroco mi anfitrión. Esa tarde cantamos, reímos, hablamos, comimos, los jóvenes y los niños hicieron sus presentaciones artísticas en honor al visitante, recibí bellos y coloridos trajes africanos de regalo, y terminamos todos bailando efusivamente. Una celebración “a la africana” que me hizo recordar mis años en Brasil.

Al día siguiente emprendía vuelo a mi próxima estación.

Sud África

Estuve sólo en Johannesburgo, y sólo dos días, pero esta parte del viaje fue especialmente interesante y sorprendente. Hace sólo 15 años que terminó la terrible e indigna política del apartheid, y su sombra está aún presente. Esta ciudad de unos cuatro millones de habitantes estuvo dividida en dos secciones. La parte elegante, bonita, céntrica, de grandes

autopistas y edificios, era para los blancos. Esta parte aún hoy parece una ciudad del primer mundo. En los barrios más apartados y pobres vivían los negros, en poblaciones descuidadas de la autoridad. Para que un negro entrara al sector de los blancos, debía tener un pase, si no iba a la cárcel. A la vez, era ilegal para un blanco vivir en los barrios de los negros. Un sacerdote blanco no podía vivir en la parroquia en que trabajaba con gente negra, un joven negro con vocación religiosa no podía ser admitido en la congregación porque no podría vivir con los padres en la zona de los blancos. Los negros no tenían derecho a voto y eran humillados de numerosas maneras.

La resistencia y las luchas por los derechos de los negros se iniciaron y se organizaron desde Soweto, un vasto barrio marginal de Johannesburgo. Aquí nació y vivió Nelson Mandela, aquí predicó muchas veces el obispo anglicano Desmond Tutu, aquí varios dieron la vida en los enfrentamientos. La heroica historia del sufrimiento y del grito de este pueblo se puede seguir en un conmovedor museo del apartheid que visité, también en la primera casa de Mandela, en iglesias, y en muchos otros testimonios de la rabia, la lucha y la esperanza.

Hoy el país vive felizmente otro ambiente, se respira libertad y se trabaja por la dignidad para toda la población. Son grandes los desafíos, pues además de la dura pobreza, ahora el país está golpeado por la grave epidemia del Sida, con 21% de la población infectada.

Mi actividad apostólica en Johannesburgo consistió en visitar al anciano sacerdote que ha sido por años el promotor del AO, reunirme con el equipo del centro de espiritualidad ignaciana que piensa retomar y renovar el AO, conversar con diversos jesuitas. Hay interés de parte de algunos en iniciar el MEJ en parroquias y colegios. Me entrevistaron sobre el AO y el MEJ en la radio de la arquidiócesis. Estuve también en la parroquia jesuita en Soweto, recorrí sus calles y recibí abrazos deliciosos de los niñitos del frente de la parroquia, pero debía seguir, pues me esperaban en...

Zambia

Zambia es un país hermoso y de variados paisajes, con 70 lenguas locales oficiales, gran productor de cobre como Chile, orgulloso de su historia de paz en sus 46 años de independencia. Me recibió cálidamente en el aeropuerto de Lusaka, la capital, el encargado nacional del AO, Roy Thaden, sj. Lusaka es una ciudad bella y de aspecto tranquilo, de dos millones de habitantes, con amplias avenidas y mucha vegetación.

Como los otros países de la región, Zambia está duramente golpeado por el Sida, y son miles ya los niños huérfanos que han debido ser acogidos por otros familiares o por instituciones. Todas las familias cuentan con uno o dos difuntos entre sus parientes cercanos. Particularmente conmovedora fue la misa que presidí en el hogar de las hermanas de la Madre Teresa de Calcutta, ante una cincuentena de adultos infectados, sentenciados a muerte, y unos cien niños huérfanos de todas las edades, muchos de ellos también infectados. Sentía que el Dios de la promesa, que se hizo niño pobre, les traía esperanza y sentido en medio de todo ese duro sinsentido. La misa fue alegre y bellamente cantada, y la transparencia de sus corazones se me regalaba en sus sonrisas limpias e inocentes.

Tuve ocasión de hablar del AO y del MEJ con el provincial, los novicios y otros jesuitas, con religiosas, un grupo de universitarios y otras personas interesadas. Conocí la admirable labor de la Compañía en la misión de Chikuni, cuatro horas al sur de Lusaka, en la profundidad de la estepa africana y lejos de los centros urbanos. Hay aquí, entre mosquitos, arbustos y soledades, una parroquia, un colegio, una radio, una universidad (sic!), y se presta apoyo a un hospital. Y no hay nada más, ni siquiera es un pueblo, sólo las veinte o treinta aldeas de las tribus Tonga, esparcidas en una vasta región, atendidas por la misión. En la parroquia hablé a un grupo de bellas viejas que hacía un día de retiro por Adviento. Visité algunas familias en la aldea más cercana. Participé de la misa dominical en una remota y modesta capilla rural, disfrutando de una animada celebración de la fe en lengua tonga al son de tambores y danzas. Fue en Chikuni donde encontré al único animal salvaje en su hábitat natural que me tocó ver en África, y se los fotografié para su deleite. Se trata de una pequeña tortuga que reconocerán entre las fotos finales de la galería de esta travesía.

Con el corazón cargado del cariño y de la belleza de este pueblo, con rostros morenos y paisajes africanos en la retina del alma, con el ritmo de los tambores y la polifonía de las voces en la mente, y con el deseo, claro está, de volver luego, emprendí contento mi vuelo de regreso a Roma.

Claudio Barriga, sj
24 diciembre de 2007

Por último, les regalo esta frase dicha por el primer presidente de Kenia, J. Kenyatta:

Cuando llegaron los blancos,
nosotros teníamos la tierra,
y ellos traían la Biblia.
Nos enseñaron a rezar
con los ojos cerrados.
Cuando abrimos los ojos,
ellos tenían la tierra
y nosotros la Biblia.